



CAPITULO. VI

Sigue el viacrucis

PODRÍA recurrir, para narrar las cosas acaecidas en el período que no presencié, á muchísimas fuentes que gozan de gran autoridad y crédito, pues la verdad es que si en algunas épocas de la historia local, mis paisanos se distrajeran un tantico y nos dejaron á media miel en materia de noticias, no pasa lo mismo en esta que voy historiando, en que los documentos abundan y la dificultad consiste en la elección del material.

El licenciado don Mauro Rubiales, en su *Defensa de don Antonio Rojas y desvanecimiento de los cargos que se le acumulan*, libro inédito aún, pero que no debe quedar en el limbo mucho tiempo, examina con rara pericia todas y cada una de las exageraciones que la envidia y la calum-

nia han abortado en contra de su héroe, y prueba que si mató, violó, incendió é hizo algunas otras hazañuelas así de insignificantes, fué *ad majorem libertatis gloriam*, y que tales minimeces deben más bien tenerse como heroicos ejemplos dignos de eterna remembranza.

El Cochidiablo tlaxochimaquense, seudónimo bajo el cual se oculta un sesudo escritor, considera también esta faz de la historia del pueblo y dedica largas páginas á describir punto por punto aquel tiempo delicioso.

Pero aun á riesgo de desagradar á esos verídicos historiadores y á don Antonio Azafrán, el fénix de ellos, que tiene por suyo el período de la guerra de tres años y como enemigo jurado á quien lo toca ó siquiera lo menciona, sigo la lección de mi amigo el cura Herrera, que dejó escrito un diario muy concienzudo de lo acontecido en Tlaxochimaco, de Noviembre del cincuenta y nueve á Abril del sesenta que yo estuve ausente.

Ya sé que don Antonio, en la edición que prepara, hace siete lustros, de su *Historia completa y circunstancias de la guerra de tres años, con un apéndice en que constan todos los planes y proclamas que en dicho período se expidieron*, me roerá los zancajos probándome que me equivoqué en decir que la famosa batalla de las Guásimas fué el día catoree de Febrero, cuando de instrumentos y documentos consta que fué el trece á las doce de la noche, ó que asevero que el jefe Uribe tomó para el sur, cuando se dirigió al sur

oeste con ligera inclinación al norte; pero aguantaré cuanto venga á condición de no dejar feo á mi amigo el cura confesador.

Dice, pues, el señor Herrera:

Juan Chávez llegó á Tlaxochimaco el treinta de Noviembre, día del apóstol San Andrés, entre cuatro y cinco de la madrugada. Yo no había dormido en toda la noche, pues era, después de Dios, la Providencia de los habitantes de mi feligresía, dado que las autoridades habían huído temerosas de sufrir atropellos ó quizás la muerte de manos de este demonio desencadenado.

Inmediatamente que llegó me mandó á llamar, y con terribles amenazas me previno le diera cuenta de cuáles eran los caudales más saneados del lugar; y yo, aunque faltando levemente á la verdad, le indiqué de preferencia á los señores del bando conservador, que no son en verdad los que tengan el riñón menos bien cubierto.

En seguida convocó á los principales y decretó contra ellos un préstamo de treinta mil pesos, que sin excusa ni pretexto debía entregarse dentro de veinticuatro horas.

Se le ocurrió pasar á la cárcel, que como se sabe está contigua al cuartel, y averiguando que estaban presos allí los rojeños que habían capturado los vecinos, los mandó fusilar incontinenti, pues dijo no merecían confesión semejantes bellacos. Malos eran en efecto esos hombres; pero la verdad es que no merecían haber muerto sin el sacra-

mento que media entre el enojo y la misericordia de un Dios.

Sabiendo que Rojas había robado la iglesia y llevádose consigo los vasos sagrados, determinó, como represalia,



quemar el cuartel, que se le figuró era el edificio más liberal que existía. Ardió casi toda la fábrica; pero de lo que no quedó ni una brizna fué del archivo, que era riquísimo y estaba muy bien conservado. Había cédulas reales, libros de cabildo antiquísimos, los títulos del pueblo, el libro del becerro y las mercedaciones á los primeros propietarios. Yo rescaté con trabajo un libro viejo de actas del Ayuntamiento, por cierto no el menos interesante.

Como no todos los notables pudieron suministrar la contribución que les impuso, dos de ellos fueron puestos en el cepo, llevándose consigo á seis más, que quizás dejara pronto libres, pero que entre tanto se han visto obli-

gados á caminar diez leguas á pie, pues sé que rindieron su primer jornada en La Laja.

Al padre Martínez y á mí nos reunió diciéndonos que necesitaba le ayudáramos para el mantenimiento de su gente, que batalla por la causa de la religión y de la patria. Martínez y yo le advertimos que no podríamos hacer ningún sacrificio para sostener tropas, aunque fueran las conservadoras, porque apenas lográbamos subvenir á nuestra menguada subsistencia.

Chávez se encolerizó, y llamándonos con palabras muy feas, me recordó la amistad con mi compadre González Ortega, á quien dijo derrotaría pronto.

«Señor cura, me dijo, cuidadito con enredos, que yo sé bien que este pueblo es el abrigadero de los puros, y que no pasa mes, día, ni semana que no ocurran por aquí todos los enemigos de la Iglesia... También sé que la famosa mano anda al trote por estas tierras, y que ya hay muchos *sinvergüenzas* que se han quedado con bienes denunciados.»

Le contesté como pude que nada sabía de la tal mano, y el malvado, todavía más furioso, me dijo á gritos: «Mentira parece que hayan llegado tiempos en que los que no tienen órdenes den cátedra de piedad y buenas costumbres á los curas; pero todo se andará y veremos cómo no se repiten mucho estas cosas.»

Lo apuntado es un bosquejo, hecho con palabras de

mi caletre, de lo que aquel bribón me dijo. Si quisiera reproducir todo lo que salió de su inmunda boca, tendría que manchar el papel con blasfemias y palabras vulgares, pues es de tenerse en cuenta que Chávez no sabe leer ni escribir y es hijo de gentuza ordinaria y basta.

Salió el lunes 3 de Diciembre, llevándose consigo catorce mil pesos, diez muchachas doncellas ó que estaban en honor de tales, y alhajas y ropas de las pocas que dejaron sus antecesores.

25 de Diciembre.—Hoy, día aniversario del nacimiento del Rey de los cielos y tierra, entró el bandido Ignacio Méndez, que traía robados ya sesenta caballos de silla que don Crescencio Torres tenía persogados en las orillas de este lugar.

Entró á la iglesia á la hora que se celebraban los tiernos misterios de la venida al mundo del Dios de clemencia, que bajó á predicar y hacer efectivos los dogmas de la libertad, igualdad y fraternidad que han engrandecido al ser humano.

El maldito Méndez, de seguro aconsejado por el mismo demonio, maniató á todos los hombres, y ya en el atrio, ya dentro de la iglesia y á veces aun sobre los altares, cometieron él y los suyos abominaciones tan espantosas, que mi pluma se rehusa á estamparlas sobre el papel.

Se retiró después de haber exigido un préstamo que no pudo hacer efectivo, aunque se sacó de entre dos ta-

biques de la casa de Romo hermanos, cuatro mil pesos que estaban guardados, y de la sacristía de la parroquia, dos cálices de plata sobredorada, un amito, dos estolas y un roquete.

6 de Enero. La semana que acaba de pasar fué fecunda en visitas de gavillas. El día dos llegó *Pata de palo*, conservador, y se llevó del tianguis una media docena de muchachas que le gustaron. Era lo último que del género nos quedaba.

El 3 le sucedió *Bueyes pintos*, también conservador, y echó, como él dijo, un *empréstamo* de dos mil pesos, que no sé si se le reunieron.

Llevado de su instinto lascivo, requirió de amores á Juana Borrego, hija de tío Galación Borrego, del rumbo del camposanto, y como ella le contestara indignada y se defendiera con entereza, el malvado la forzó delante del marido y luego mandó cortarle los senos. Es un caso espantoso y que horrorizaría hasta á los apaches.

El 5 tuvimos á *Colimilla*, que también defiende la religión y los bienes eclesiásticos. Entró con su tropa, bien escasa en verdad, y echó *realada* por la población, atando á ciento cincuenta y una personas que andaban por las calles. Luego introdujo á sus gentes hasta las casas, y extrajo de ellas lo que más le convino: telas, mujeres, muebles ó alhajas. Era un dolor ver aquello.

27 de Febrero. Esta quincena perteneció á los señores

liberales. Torres estuvo el 12 de entrada por salida, y nada más cargó con media docena de caballos, una vaca y tres muchachas que encontró *desbalagadas* en su camino.

Casales ocupó el pueblo al 15, y dió un espectáculo horroroso: el incendio de las casas de don Marcial Quiroz, que estuvo á punto de comunicarse á los cajones de la plaza y traer una conflagración general. El viente más leve habría impulsado el fuego y acabado con la población al grado de no dejar piedra sobre piedra.

Durante la estancia de este bandido presenciamos la terrible disputa que tuvieron en plena plaza principal Partearroyo y Cancino, dos *lebrones* que por cuestión de robos se dijeron espantosas *insolencias*, echaron mano á los sables y no se hicieron trizas porque la Providencia divina no lo consintió.

El día 25 tuvimos la entrada de Rosa y Lucio, que



que cargaron con toda la cosecha del maíz de la hacienda de Cruces y mataron á los desgraciados arrieros que la conducían.

28 de Marzo. Ha llegado á tanto la falta de bríos en los hombres que viven en este pueblo, que la semana pasada una gavilla de cinco garroteros se destacó por el rumbo del Cerro de la Cruz, envió á pedir dinero y caballos al interior del pueblo, y se le envió cuanto quiso.

A los tres días, un bandido, no sé si titulándose conservador ó liberal, cogió á don José Ortigosa, y porque no pudo ó no quiso darle lo que le pedía, le cortó las orejas.

La gavilla del *Gallo Pitagórico*, que pasó ayer por las inmediaciones, quemó el rancho de los Cuervos y *peló* todo el ganado.

Hoy volvió á repetirse dos veces la escena del pedimento de víveres y dinero por dos bandidos desarrapados, que amenazaron con destripar á todo el mundo si no se les mandaba provisiones y armas. Todo se les envió.

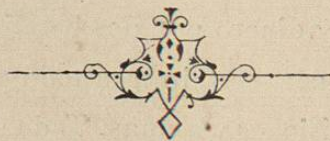
14 de Abril. Hoy hace dos meses que no se enciende alumbrado, y cuatro que no se paga la guardia de la cárcel; bien que tampoco hay necesidad de ella, pues apenas se juntan cuatro ó cinco presos y los partidarios llegan á soltarlos para llevárselos consigo.

Las calles tienen aspecto tristísimo. No se barren, no se limpian ni se cuidan; parece este pueblo un pueblo

abandonado y sobre cuya superficie han sembrado sal, como los que antaño habían cometido traición al rey.

Ayer murió don Martín Celorio, á consecuencia de las heridas que le infirieron los de Agapito Gómez. Tuvo la suerte de recobrar el entendimiento antes de morir, y de recibir al Divinísimo con grandes extremos de devoción.

Don Angel Luque murió en su rancho del Granado después de mucho sufrir por la herida que recibió de las tropas de Chávez. Dios tenga á ambos en su bendito reino



CAPITULO VII

Con los huesos rotos y en tapextle

LA primera sensación fué de frío, de frío que me cogía desde la espalda hasta las corvas, daba vueltas por el estómago y se me aposentaba tenaz y constante en la pierna derecha... Luego sentí un dolor terrible, un dolor que era como si me rompieran en dos toda la pierna, y ya rota la cogieran de nuevo para hacérmela añicos.

Estaba dentro de una nopalera, lejos del camino, pero mirándolo como si pudiera tocarlo. Caía lo que en mis terrenos llaman *helada prieta*, y soplaba un viento que llevaba en sí todas las frialdades de un invierno crudo y triste, como lo es siempre el de aquellas montañas.

Veía transitar de prisa, con las piernas desnudas y los gabanes embrocados, á los indios que iban ó venían de la